



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 8. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Febrero 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

#### SUMARIO

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Paletot de novedad. — Fichú con fleco de malla. — Cuello de crochet y cinta. — Cuello y corbata de encaje irlandés. — Diferentes puntillas y entredoses de encaje irlandés. — Encaje de malla guipure. — Cifras bordadas en blanco para pañuelos. — Canastilla para la labor. — Vestido con túnica delantal. — Vestido adornado con volantes y bieses. — Varios dibujos y cenefas de tapicería. — Vestido adornado con botones de metal. — Prendido para sociedad. — Manguito y corbatas de

pluma para entretiempo. — Cofrecillo de juncos y cretona. — Sachet para pañuelos. — Pañuelos de novedad. — LITERATURA: San Hermenegildo, por Adela Sanchez Cantos. — ¡Qué contraste! poesía, por Carlos Mestre y Maczal. — Las trombas, poesía, por Joaquín Olmedilla. — Fábula, por A. G. Lavín. — De Madrid a Lisboa, Nicolás Díaz y Pérez. — Las bailarinas del siglo pasado, por Rosalba. — La mujer, por Emilia Martínez de Díaz Pérez. — La gloria y el arte, por Teodoro Guerrero. — Variedades. — Explicación del figurín.

#### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

##### 1. FICHÚ CON FLECO DE MALLA.

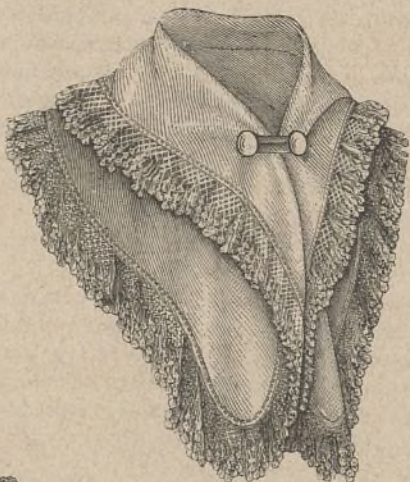
Puede ser de crespon de lana y de forma de un triángulo perfecto, cuyas puntas se redondean doblándole por la parte del biés una gran vuelta, y completándole por un fleco de lana, hecho de malla en el mismo color: puede ser también el fichú de crespon y el fleco de seda.

##### 2 Y 3. PALETOT DE DOBLES MANGAS.

Estos grabados presentan por delante y por detrás un paletot de paño de terciopelo con guarnición de



2. Paletot de doble manga. Véase el núm. 2.



1. Fichú con fleco de malla.

pluma, y todo cubierto de galones perlados de azabache, y de grandes botones de pasamanería con azabache también. Lazos de cinta adornan las mangas, y en el núm. 3 bieses de faya reemplazan a los galones.

##### 4 Y 5. CUELLOS DE ENCAJE.

El primero es de crochet, con cinta de encaje irlandés, y se comienza por formar el ángulo con la cinta, que se cubre por ambos bordes de una hilera de barras, y luego la parte interior con una anilla cubierta de barras y barras graduadas como muestra el dibujo: picos de la misma cinta orillan la parte exterior, con una anilla en el centro de cada uno y un feston en la parte de afuera. Algunas vueltas de crochet forman sobre estas puntas el cuello alto, que repite los mismos picos ya explicados y una pequeña gola con un terciopelo negro por detrás.

El segundo es un cuello de encaje irlandés con galon liso y galon de medallones unidos por calados.

##### 6. PUNTA DE CORBATA.

Está hecha la cenefa de encaje irlandés, con estrellas, como las que se ejecutan en la malla guipure. El centro es una flor bordada en el mismo tul y recortada para ser aplicada sobre el encaje.

##### 7 A 15. ENCAJES.

El núm. 7 es una puntilla de encaje irlandés, hecha con trencilla muy fina y calados de aguja colocados a ondas.



3. Espalda del paletot-núm. 2.



Los núms. 8 á 10 es una imitación aun más perfecta del verdadero encaje, porque en ellos los contornos van marcados en vez de cinta con un cordón finísimo, cuyos centros se llenan de calados muy menudos, y los huecos exteriores de calados grandes, imitando el fondo del encaje: estos están hechos á feston como los del encaje irlandés, y los centros á punto de zurcido. El núm. 12 pertenece también á este género de encaje.

Los núms. 11 y 13 son encajes irlandeses con las cintas y calados ya conocidos, y los núms. 14 y 15 son encaje y entredós, hechos con cinta de medallones, unida por festones y molinetes y enriquecidos con azabaches. Este galon se encuentra en blanco y negro, debiendo utilizarse este último para con el azabache.

#### 16. ENCAJE DE MALLA GUIPURE.

Empléase hilo más ó ménos grueso, según el objeto á que se destina el encaje, y los puntos de los diferentes bordados van claramente explicados en el dibujo. El borde se refuerza con un feston.

#### 17 Y 18. CIFRAS.

Están hechas á plumetis, con dos colores: en la primera son de color los troncos y blancas las hojas de pasado y arenilla, y en la segunda de color los cordoncillos y blancas las partes mates. Corresponden á los pañuelos núm. 37.

#### 19. CANASTILLA.

Puede servir para guardar las llaves ó una labor de punto de aguja ó de crochet. Es un mosaico de piña sobre cartón, y con la parte de bolsa de cachemir grana: se principia por hacer la armadura de cartón, con el fondo ovalado, de 19 cents. de largo por 10 de ancho, y á este fondo se pega una barandilla de 5 cents. de alta, á la que se fija el asa, forrada de cachemir grana. Antes de cubrir por la parte exterior la cesta con el mosaico de bellotas, semillas, flores secas y casillas de piña, se forra la cesta por dentro de cachemir, formando una bolsa con rizado al rededor. El mosaico se cose al cartón, poniendo antes en agua todos los objetos.

#### 20 Y 21. VESTIDOS.

El primero es de poplin con delantal de terciopelo inglés del mismo color, unido por detrás con dos grandes lazos que al ceñirse hacen ligeramente bullonada la parte lisa de atrás de la falda: por delante, hasta el delantal, lleva volantes alternados de seda y terciopelo. Coraza de terciopelo y mangas de seda bullonadas por medio de lazos.

El segundo es de faya negra, de falda lisa por detrás con tres paños al hilo, plegados en la gran tabla, que se sujeta hasta media falda por el revés. El delantal le adornan bullones con cabeza con muchos frunces de cordones, colocado todo el adorno en pico en el centro, y encima va figurado un delantal postizo con tres volantitos plegados. Un echarpe de 130 cents. de largo por 35 de ancho, forrado de linón y terminado por fleco, pasa plegado desde el costado derecho por detrás á la izquierda de la falda, donde le sujeta una presilla. Chaqueta con plegado alrededor y mangas bullonadas en sentido vertical terminadas por vuelta.

#### 22 Á 25. CENEFA DE TAPICERÍA.

Es apropiado para sillerías y portiers, y se alternan tiras bordadas y tiras de paño: la cenefa del centro la muestra el núm. 24 y el fondo es del mismo cañamazo color crudo, bordado con dos tonos, madera y seda maiz: las cenefas, estrechas de las orillas, las presenta el número 23 solo bordadas con los dos tonos madera, y la cenefa intermedia unida á esta última la muestra de tamaño natural el núm. 25. La cenefa de paño es también color habana ó madera clara, y el punto de escapulario que adorna las orillas amarillo.

#### 26. VESTIDO CON TÚNICA.

El vestido es de lana castaño claro, con bieses y solapas de reps de seda castaño oscuro. Grandes botones de metal cierran la túnica sobre el costado y fijan las solapas vueltas de abajo. El cuerpo, sin aldeta se corta del mismo pedazo que la túnica, levantado únicamente en el costado izquierdo; en el derecho va guarnecido con una hilera de botones que hacen juego con los de la túnica, que se abrocha á la derecha.

#### 29. PRENDIDO PARA SOCIEDAD.

Consiste en un fondo-redecilla de tul negro y blanco montado á una pasa triangular de tul fuerte, sostenida todo alrededor por un alambre vestido de una cinta de tafetan, y que mide 23 cents. de largo por  $7\frac{1}{2}$  cents. de ancho en el centro y  $2\frac{1}{2}$  en los extremos.

Las bridas son de cinta de tafetan malva, de 6 cents. de ancho y 68 de largo cada una, adornadas con hojas de tul de seda y guarnecida con una puntilla de encaje de 4 cents. de ancho. Cada hoja emplea una tira de tul doble de 7 cents. de ancho y 8 de largo, que se nesga de las puntas por ámbos lados, y se reduce á 4 cents. de ancho haciendo un pliegue en el centro. Cada brida lleva 6 hojas, ligeramente superpuestas, fijándose cada una con una violeta. La pasa ostenta el mismo adorno de hojas y flores (5 hojas). Un grupo de violetas se adapta al rizado de tul, guarnecido de encaje, que oculta al mismo tiempo la pegadura del bullonado. Un lazo de cinta con largas caídas, una de las cuales es igual á las bridas, adorna la parte posterior del prendido, y una pluma blanca de avestruz cae graciosamente sobre el fondo.

#### 30 Á 32. MANGUITO Y CORBATA DE PLUMAS.

Propios son ámbos objetos para entretiempo y para lucirse en los días serenos, aunque todavía fríos, de Semana Santa. El centro del manguito va cubierto de plumas pequeñas negras y de pavo real, los bordes de plumas negras rizadas, completándose su adorno con una cabeza de ave. La corbata, grabado 32, hace juego con el manguito, y consiste en plumas lisas, cerrándose bajo la misma cabecita. La núm. 31 está formada de plumas grises, con gola blanca rizada y cierra con un lazo.

#### 33 Á 35 Y 26. COFRECILLO DE JUNCOS Y CRETONA.

**Materiales:** Raso negro, tafetan color piel de Rusia y cinta de 2 centímetros de ancho, soutache perlado, gris medio y tres tonos grises de cordoncillo de seda, trenilla de oro, fleco de seda negra de un centímetro de ancho, cartón.

La montura del cofrecillo, que puede destinarse á mil distintos usos, consiste en baquetas de junco barnizadas de negro, mide 21 cents. de altura por 23 de largo, y se completa con un asa. Los grabados 33 y 34 le muestran abierto y cerrado. Se adaptan á las baquetas paredes de cartón, clavándolas con puntas de París, y un fondo, también de cartón, todo vestido de tela. Las paredes largas se adaptan al fondo, de modo que queden móviles, y redondeándose de arriba suban á encontrarse y formen la tapa del cofrecillo, que se cierra con una cerradura de cobre y una llavecita. Por fuera están cubiertas de raso negro, con aplicaciones de cretona, y una cenefa bordada á punto de espiga, feston y punto anudado con sedas indicadas. (Véase grab. 33).

La parte interior y el fondo van cubiertos de tafetan color de piel de Rusia.

Un bolsillo de tafetan encarnado con una pata de raso negro, cuya pegadura se oculta con un rizado de cinta, completa el cofrecillo á cada lado. Esta pata se adorna con una aplicación de cretona, y se guarnece todo alrededor con el flequillo de seda. El grabado 26 reproduce la cenefa bordada á puntos largos.

#### 36 Á 39 Y 27. SACHET PARA PAÑUELOS.

El sachet se compone de dos superficies cuadradas, midiendo cada una 23 cents. de costado.

Cada una de ellas se forra de raso ouatado y entretejido; la que sirve de fondo va cubierta sencillamente de raso rosa en la parte exterior; pero la que sirve de tapa lleva una segunda capa de ouata, á la que se da la forma bombeada de almohadilla antes de cubrirla con el raso. Los cuadros están trazados con botoncitos pequeños, forrados de raso rosa, y llevan cada uno en el centro una florecita bordada, como muestran los grabados 38 y 39. Las flores se ejecutan con azul y blanco, las hojas con verde y los troncos con castaño. La pegadura del rizado de raso rosa (3 cents. de ancho), que orilla la parte superior del sachet, se oculta con un rizado-abanico de cinta de raso rosa de  $2\frac{1}{2}$  cents. de ancho.

Los pañuelos ofrecen cada día más novedad. Para los de diario basta una cifra y un dobladillo á bainica, pero los de vestir se adornan con guirnalda bordadas. (Véase grabado 27 de tamaño natural), ó ramitos de flores entrelazadas sobre el fondo y á raíz del dobladillo á bainica. A veces se pone una divisa, como por ejemplo: *no me olvides*, en medio de una corona de miosotis. Otra novedad consiste en un entredós de encaje y un borde de foulard de color guarnecido con una puntilla. El color del foulard debe guardar armonía con el del traje. El foulard va fruncido en los ángulos del pañuelo. (Véase grab. 37).

Las cifras y el bordado pueden ser en blanco ó de color.

#### RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende en esta Administración al precio de 6 rs.



#### SAN HERMENEGILDO.

Al hojear con interés la obra grandiosa de nuestra historia, al pasar con afán mis ojos por las páginas en que las glorias de nuestra patria se consignan, mi mirada tropezó con una figura juvenil y sublime, bella como el sacrificio, dulce como la resignación, enérgica al defender nuestra santa religión, sumisa al presentar el cuello al verdugo para morir en ella. Era la imagen melancólica de San Hermenegildo.

Al fijarnos en él no hemos podido resistir al deseo de recordar su constancia, sus cristianas virtudes, el bien inmenso que prestó á la España antigua, y por un orden natural de sucesión á la moderna.

Bien sabemos que nada nuevo diremos al hablar del príncipe augusto que nos ocupa, ¿quién no se habrá fijado en él al recorrer los hechos de nuestra historia?

Sin embargo, para el que sostiene en su mano, con más ó ménos gloria, la pluma, es un deber traer á la memoria, por tratados que estén ya, los sucesos heroicos de nuestra patria, y ¿cuál lo fué más que la conversión de toda España á la religión católica? ¿Hay algo más agradable que contemplar, siquiera sea con los ojos del alma, el sublime espectáculo de un pueblo poderoso que ante la memoria del joven mártir se abraza ébrio de esperanza, lleno de fé, á la cruz gloriosa de nuestro Redentor?

Entre los hombres notables que han dado días prósperos á nuestra patria, San Hermenegildo es uno á quien más gratitud debemos. Si Viriato, Pelayo, el Cid, el Gran Capitán y mil y mil héroes lucharon por nuestra independencia, San Hermenegildo dejó con su sangre la semilla de la religión verdadera, semilla que había de fructificar más tarde cubriendo de flores de la verdad nuestro hermoso país, y abriendo ante la España goda una era de felicidad y abundancia no interrumpida en algunos siglos.

Si Colón descubrió un mundo y Pizarro y Hernán Cortés conquistaron vastísimos países, el santo mártir desde la oscura torre que le servía de prisión en Sevilla, conquistó á un pueblo entero para el reino de los cielos, y con las oraciones que al Eterno dirigía y que Dios piadoso escuchaba, logró librar á España de las sombras del error, é iluminar su espacio inmenso con la luz radiante que esparce por doquier el astro divino de la católica fé.

Después de esta breve digresión, pasaremos á narrar los hechos, objeto de este pequeño trabajo.

El negro manto de la heregía cubría por completo la corte poderosa de los godos; la secta de Arrio, extendida por todo el imperio, era protegida por el rey Leovigildo, y amparada por su poder se alzaba pujante, creyendo en su soberbia que la religión católica ya no existía. ¡Gran error! Desde que el Redentor del mundo nació en Belén, ella no ha muerto, ni morirá á pesar de los reiterados tiros de los modernos filósofos. Cuando más seguros se contaban los arrianos, y la religión del Mártir del Gólgota yacía abatida por una continuada persecución, Dios mandó á sus hijos predilectos un gran apoyo, eligió á un hombre que se encargara de cumplir la sublime misión de encender en España la llama purísima de la verdadera fé, y el mártir fué sacado de la familia real, de los hijos del poderoso Leovigildo.

Hermenegildo, hijo primogénito del rey y declarado rey también y compañero de su padre en el trono, fué el designado por Dios. El joven príncipe que había sido educado por los arrianos, vencido por los ruegos de su virtuosa esposa Ingunda, católica ferviente, y convencido de la verdad de la religión de Jesucristo por la elocuencia del sábio San Leandro, arzobispo de Sevilla, abrazó la religión católica en esta ciudad é hizo pública abjuración de sus errores.

Esto dió ocasión á una sangrienta guerra entre padre é hijo, porque Leovigildo, acérrimo arriano, recibió gran disgusto con la conversión de su hijo, y desde Toledo, donde había llevado la corte, escribió al príncipe una carta en la que le expresaba su descontento, y con súplicas y amenazas le pedía volviera á la secta arriana. Mucho sufrió Hermenegildo al recibir su carta, tenía que elegir entre su padre y su Dios, y la lucha fué horrible. Renunciar á la religión que había jurado guardar le era imposible, hacer la guerra á su padre le era odioso; sacrificó al fin sus afecciones en aras de su Dios, y en su respuesta á Leovigildo expresó su heroica resolución de no



abandonar la religion que con tanta fé habia abrazado, al par que aseguraba que habiendo visto la luz radiante de la verdad jamás podria avenirse á vivir entre las tinieblas del error. Esta carta fué la señal de una guerra sangrienta y horrible por los estrechísimos lazos que á los combatientes unian. Convencido Leovigildo de la inutilidad de los esfuerzos que por atraer á su hijo hacia, y animado por el vengativo rencor de su segunda esposa Gosuinda, convocó sus huestes, compró con su oro la proteccion de los romanos, impotentes entónces para resistir al influjo del dorado metal, y declaró la guerra á Hermenegildo el año 580 de la era cristiana; el mismo año, por cierto, que nació en Arabia el falso profeta Mahoma, cabeza más tarde de la secta de su nombre.

Hermenegildo habia fortificado su ciudad de Sevilla y la de Córdoba; en la primera esperaba tranquilo y resignado la acometida de su padre, el cual habia reedificado los muros de la antigua y soberbia Itálica, cuyas ruinas existen aún, y establecido en ella su cuartel real.

Durante un año se sostuvieron los sitiados con heroico esfuerzo, animados por las palabras y ejemplo del jóven príncipe; pero trascurrido este tiempo, la escasez de agua se hacia cada vez más grande, pues por orden de Leovigildo habia sido sacado de madre y encauzado por otra parte el caudaloso Guadalquivir, que baña el fértil suelo de la ciudad que en 1248 fué arrancada al poder de los moros por el santo rey Fernando III. Careciendo por completo de viveres los defensores de Hermenegildo, éste se vió obligado á salir de la capital de su pequeño reino para pedir amparo á los romanos, ignorando que estaban vendidos á su padre. En cuanto Hermenegildo salió de sus muros, Sevilla se entregó á Leovigildo.

(Se continuará).

ADELA SANCHEZ CANTOS.

### ¡QUÉ CONTRASTE!

A MI INVOLVIDABLE HIJA DOLORES.

Alegre canto resuena  
Que anuncia el placer del alma,  
Para expresion de la calma  
Que pechos mil enagena.  
Allí está de gozo llena  
La Sociedad de la Union,  
Mientras lleno de afecion,  
Para aliviar mi quebranto,  
Vierdo á torrentes el llanto  
Que derrama el corazon.

Allí están de gozo henchidos  
Los que á la escena se lanzan,  
Y triunfos sin fin alcanzan  
Contentos y envanecidos.  
Y por el arte atraídos  
Sin que agite su memoria  
Ninguna sensible historia,  
En el placer toman parte  
Y culto rinden al arte,  
Que es pedestal de la gloria.

Yo tambien culto le dí,  
Y á las tablas me lancé,  
Y grande mi gozo fué  
Siempre que en ellas me ví.  
Y era, poque estaba allí  
Compartiendo mi alegría  
La inolvidable hija mia  
Que la escena dominaba  
Y cual yo, alegre se hallaba  
Cuando en la escena se via.

Hoy, mientras bailan, y juegan,  
Y cantan, gozan y rien  
Y con sus triunfos se engrien  
Y al grato festin se entregan,  
Punzantes recuerdos llegan  
A herir mi agitada mente,  
Y no hallando quien me aliente  
En mi amargo desconsuelo,  
Mi vista aparto del suelo  
Y elevo al cielo mi frente.

Reid, alegres gozad  
Cual yo otras veces reí,  
Y mientras hoy lloro aquí,  
Cantad, amigos, cantad.  
Que siempre esa variedad  
El mundo ha de estar notando,  
O entre el placer disfrutando,  
O entre el pesar padeciendo,  
Y el que un dia está riendo  
Debe estar siempre llorando.

Yo no extraño, hija querida,  
Por más que lo sienta mucho,

Esa algazara que escucho  
En tu sociedad querida;  
Para ella fuiste perdida,  
Y del mundo en la babel  
Del tiempo la esponja fiel  
Tu nombre debe ir borrando,  
Y en mí le va renovando  
De mi cariño el cincel.

Mas ya que te olvide el mundo,  
Porque eso es natural, hija,  
En tí mi mente se fija  
Por ser mi dolor profundo,  
Y con mi amor sin segundo.  
Al compás de esos cantares  
Que se pierden á millares  
En la region del vacío,  
Yo mezclaré el canto mio  
Vertiendo mi llanto á mares.

Que al fin la pompa mundana,  
Como el triunfo del artista,  
Son, como lijera arista,  
Cual sombra impalpable y vana.  
Por eso con fé cristiana,  
Ya Lola, que te perdí,  
Al Señor ruego por tí  
Cual sabe un padre rogar;  
Si algo puedes tu alcanzar  
Ruégale tambien por mí.

CÁRLOS MESTRE Y MARZAL.

### LAS TROMBAS (1).

En la confusion revuelta  
de las espumosas olas,  
que reta el hombre orgulloso  
y cuyas iras arrostra,  
se alza arrogante montaña  
que se retuerce y arrolla,  
que gira, se encrespa y brama  
y sepulta cuanto toca.  
Allá en las nubes comienza  
y en el mar tiene su alfombra:  
cual trasparente cristal  
primero, despues se torna  
oscurísimo gigante  
que de sus ojos arroja  
mil rayos y agudas piedras  
que en torbellino amontona.  
Con los barcos juguetea  
como el viento con las hojas,  
y cuando el audaz marino  
con ella el combate aborda,  
tambien desafia airada  
á la mortífera bomba:  
sólo al titánico esfuerzo  
la victoria el hombre logra.  
¡Ay! en el mar de la vida  
se cruzan terribles sombras,  
y no hay humano combate  
que consiga su derrota.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

### FÁBULA.

Un carbonero tenia  
Una niña candorosa,  
Que, como niña, curiosa,  
Interrogóle así un dia:  
"¿Qué cosa es, padre, el infierno?"  
Y él la respondió: "Es un hondo,  
Negro abismo en cuyo fondo  
Se alza y ruje un fuego eterno."  
"¿Comprendes, verdad, lo que hablo?"  
Procura siempre ser buena;  
Porque de malos le llena  
Un señor que llaman diablo.  
Tenaz él allí, con brio  
Montes de carbon aplica...  
"Hazle," cortóle la chica,  
"Parroquiano, padre mio."

¡Cuán pronto en pechos mortales  
Sienta el interés los reales!

A. G. LAVIN.

(1) Con este nombre se conocen las grandes masas de agua, que en forma de columnas de elevacion grandísima se producen en la superficie del mar y que arrastran á las embarcaciones. Se atribuyen á un fenómeno eléctrico, y son siempre muy de temer en todo viaje marítimo. Análogos hechos suelen observarse en los continentes (J. O. P.)

### DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

#### IV.

EN ARANJUEZ Y CASTILLEJO.

A las once de la noche entrábamos en el hotel: poco despues habíamos cenado y nos disponiamos á dormir, para dedicar todo el dia siguiente, desde bien temprano, á visitar la villa. Nos habian puesto las camas en una misma habitacion. Yo, con más frio que nunca, esperé que estuviese acostado Scott para meterme tambien en cama y poder dormir tranquilamente. Apagué la luz y nos dimos las buenas noches. Scott no paraba de moverse; tosía mucho, y al cabo de un buen rato, encendió la luz. Yo, abriendo los ojos, le preguntaba:

—¿Se pone V. malo?

—No señor, estoy bien; pero mi imaginacion no me deja dormir... ¡Mala noche me aguarda!... ¡Maldita curiosidad!

—¿Tiene V. algun recuerdo desagradable que le atormente?

—Nada de eso; lo que me tiene sin dormir es la duda de si en Aranjuez hay catedral, y como V. no me lo ha querido decir.

—Aranjuez, amigo Scott, no es obispado, ni le hace falta el obispo para ser una villa preciosa, alegre y muy amena, situada á la márgen izquierda del Tajo, sobre las antiguas carreteras que conducian á Valencia y Andalucía, en un extenso valle rodeado de sierras. Su poblacion pasa de 4.600, almas y en la villa no falta nada para hacer agradable la vida. Palacios y paseos, jardines y santuarios, plazas y calles suntuosas, cafés y fondas, hospital, teatro y billares, tiendas de comercio y escuelas públicas, adonde concurren unos 500 niños de ambos sexos.

—¡Oh!... muchos niños son esos... y en España... ¡No puede ser!

—En España la instruccion pública no anda muy mal. Existen en la actualidad, amigo Scott, el respetable número de 27.876 escuelas públicas y privadas de primera enseñanza, concurriendo á ellas 1.391.792 alumnos de ambos sexos: el sostenimiento de las escuelas públicas cuesta á los Municipios la suma de 52.947.324 rs.

Estos datos se aproximan á la verdad cuanto es posible, y por ellos puede V. comprender que España está, en punto á instruccion pública, por cima de Rusia y de otras naciones de primer orden. Además, tiene tambien Aranjuez una *Escuela de Agricultura*, teórica y práctica, que poco há fundó mi amigo el conde de Peracamps, con el buen propósito de dar la enseñanza á las clases acomodadas y de que sirva á la vez de asilo de aprendices agrícolas.

—¡Magnífico establecimiento!... ¿Tiene mucha vida?

—Ninguna, amigo Scott, porque en España, pueblo eminentemente agrícola, los jóvenes desprecian los estudios útiles y se hacen curas ó militares.

—¡Oh!... eso es un mal.

—Sí señor, muy grande, y lo peor es que nadie lo conoce. La prensa se ha venido ocupando estos dias—á propósito del establecimiento fundado por el conde de Peracamps,—de los buenos servicios que viene prestando al país la *Escuela Agrícola de la Moncloa*, establecimiento oficial dirigido por muy buenos profesores y favorecido por un considerable número de alumnos. Sin querer por mi parte desmentir á los que se han ocupado de este asunto, daré á V., amigo Scott, los siguientes datos. El presupuesto anual que señala el Ministro de Fomento para la *Escuela de Agricultura de la Moncloa*, es de 700.000 rs. próximamente. Existe esta escuela desde 1855, y en los 19 años que cuenta de vida, ha consumido 13.300.000 rs. El número de ingenieros que cuenta en la actualidad, salidos de su clase, es de 74. Ha costado, pues, al Estado cada ingeniero 179.725 rs. para poder presentar 49 secretarios á las juntas provinciales de Agricultura, los cuales consumirán al Estado anualmente la suma de 490.000 rs. por redactar semanalmente 49 actas, que, despues de todo, para nada han de valer.

—Estos datos son asombrosos... y revelan más que todo, los esfuerzos que hace el gobierno español por difundir la enseñanza agrícola en un pueblo que, apesar de tener su riqueza en los productos de su suelo, es refractario á los estudios agrícolas... ¿Quién esplica esto?

—Es una triste realidad, que debo confesarla, amigo Scott... Por lo demás, Aranjuez es un pueblo que tiene su historia. En el siglo IX se conoció una aldea llamada Almuzundica, que más tarde, en 1118, se llamó Aranz, segun el privilegio de D. Alfonso VII, y el entónces Aranjuez, ya con el nombre de Almuzundica ó Aranz, desapareció del mapa antiguo, juntamente con Ateca y otros pueblos de las inmediaciones de Yepes y Ciempozuelo, cuando las guerras de doña Urraca y en la entrada que hizo el emir Taschfyu en el antiguo reino de To-

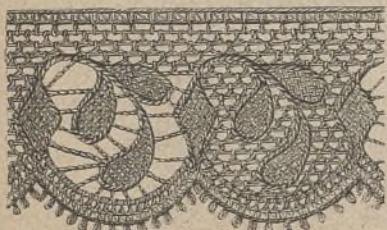


ledo. Después de la reconquista, otra vez apareció poblada la aldea de Aranz, cuyo nombre vemos en los anales toledanos, degenerado en Aranzuet y Aranzuel hasta el siglo XIII, y ya en el XV por el de Aranjuez, pueblo pequeño que debió su engrandecimiento a los Maestres de la orden de Santiago, que levantaron un suntuoso palacio, y le señalaron la villa y su término como *mesa maestral* de la orden, y erigido en sitio real desde los reyes Católicos, siendo desde entonces célebre en los fastos nacionales, y muy principalmente en las guerras de sucesión, por haber establecido en él su gobierno el Marqués de las Minas, cuando pasó a apoderarse de Madrid en 1706, con las tropas inglesas y portuguesas, como en los tiempos de Esquilache, por iniciarse en él el primer pronunciamiento del pueblo español contra el Gobierno; y finalmente, cuando el ministro Flo-

ridablancea, que fué herido por la espalda de mano de un extranjero. En Aranjuez nacieron la infanta Isabel, hija de Felipe II; en 1775 la infanta Carlota, hija de Carlos III; en 1786 el infante Pedro Carlos Antonio, hijo del infante don Gabriel; en 1788 el infante Carlos; en 1792 el infante Felipe M. Francisco, y en 1794 el infante Francisco de P. Antonio; y murieron, en 1758, la reina doña Bárbara, mujer de Fer-



8. Entredós de encaje irlandés.



9. Puntilla de encaje irlandés.

nando VI; en 1771, el infante Javier, hijo de Carlos III; en 1776, la reina doña Isabel Farnesio, última mujer de Felipe V, y en 1783, el infante Carlos, heredero al trono. Por todo esto se desprende que la familia real habitó tanto tiempo en Aranjuez como en el palacio de la Plaza de Oriente.

Desde Isabel la Católica hasta Isabel II, Aranjuez fué engrandeciéndose hasta el punto de que ya no vivía de las gracias de los reyes, sino que era un pueblo rico por su comercio y su industria. Cuenta con una gran fábrica de cristales huecos y planos, otra de curtidos, dos de jabón y barrilla artificial, tres de chocolate y un gran establecimiento de cortes y aserramientos de maderas. Gracias al impulso de la industria y de la agricultura, Aranjuez cuenta con un capital productivo por valor de 22.000.000 de reales. Merecen visitarse detenidamente sus palacios y jardines, sus templos y monumentos.

Pero, qué, ¿duerme V., amigo Scott?

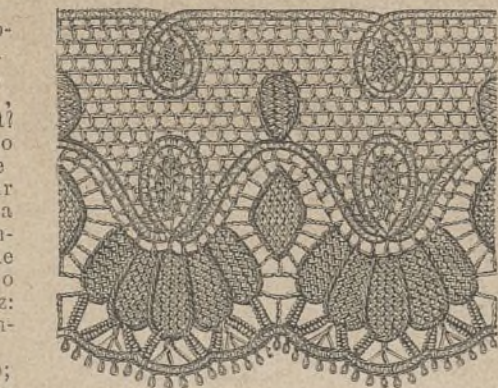
—Con poco esfuerzo me puedo quedar dormido; ya estoy convencido de que no hay obispo en Aranjuez: puedo descansar...

—Bueno; pues apague-mos la luz y hasta mañana

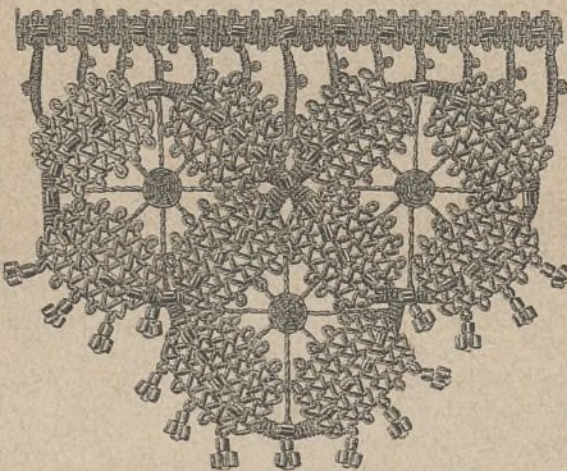
—Dormid bien.

—Buenas noches, Scott.

Y hasta las 10 de la mañana siguiente no despertamos. Scott me llamó para almorzar. A las 11 salíamos del hotel a visitar la villa, en dirección al palacio real, precioso edificio comenzado en 1561 por Carlos II, y continuado por Felipe V y Fernando VI. Antiguamente, en 1387, se levantaba en el mismo sitio donde hoy está este palacio, otro de aspecto antiguo y más modesta fábrica, por el Maestre de Santiago D. Lorenzo Suarez de Figueroa. Incendiado este palacio en 1660, y vuelto a incendiarse cinco años más tarde, en 1727, se mandó derribar para continuar las obras de ensanche del que hoy existe, terminado por Carlos III, es-



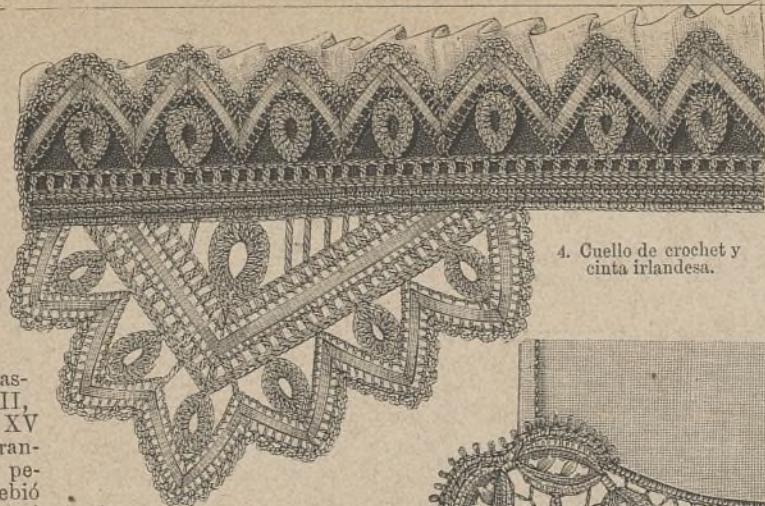
12. Encaje irlandés.



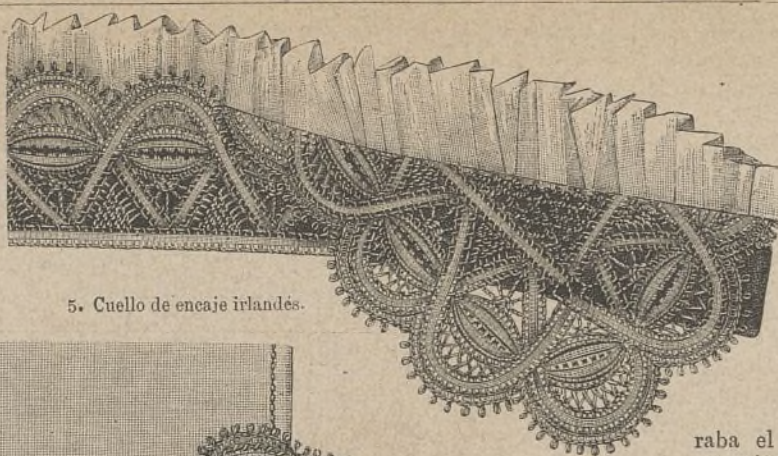
14. Encaje irlandés con cuentas.



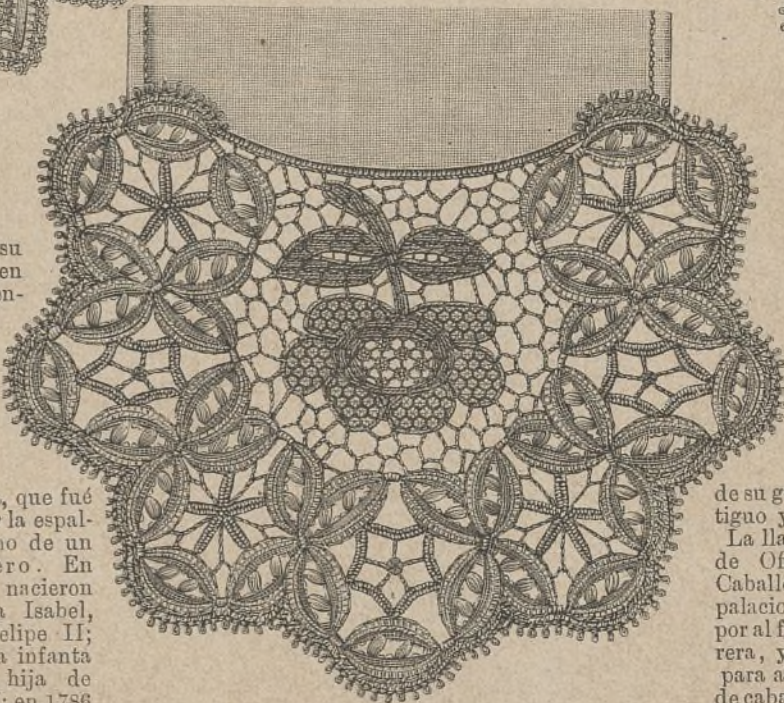
15. Entredós correspondiente al encaje núm. 14.



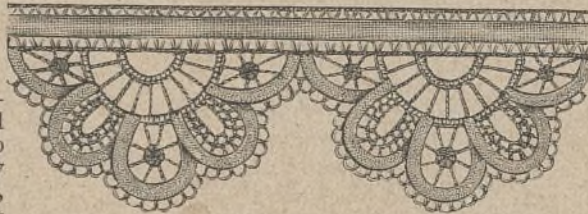
4. Cuello de crochet y cinta irlandesa.



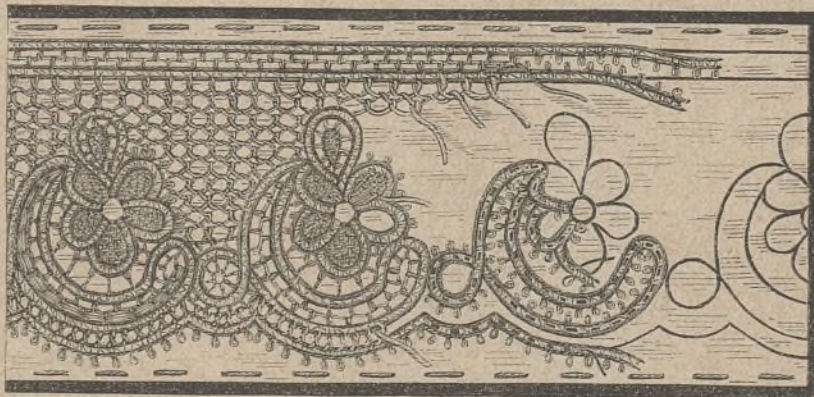
5. Cuello de encaje irlandés.



6. Punta de corbata de encaje irlandés.



7. Puntilla de encaje irlandés.



10. Encaje irlandés. (Véanse los núms. 8 y 9).

de su gusto, de antiguo ya gastado. La llamada Casa de Oficios y de Caballeros, semipalacio construido por el famoso Herrera, y destinado para alojamiento de caballeros, jefes y gentiles-hombres, no gustó menos a Scott. Es un local pequeño, comenzado en 1584 y terminado en 1762; pero no por lo pequeño deja de denunciar la mano maestra que lo dirigió y los buenos tiempos en que se hizo. La real capilla, notable obra de Juan Bautista de Toledo, es un edificio de mayores pretensiones porque pertenece al antiguo cuarto real, que mandó hacer Felipe II, y que forma un solo edificio, todo terminado en 1576, menos el reloj de música, que se colocó en 1577 cuando se terminó la torre. En su interior ostenta un lujo regio por sus cornisas de radas, por sus estuques y escayolas, por sus grecas y medios relieves, por sus cuadros de Conrado, Giacinto, de Ticiano, de Mengs, de Maella y sus frescos del famoso Francisco Bayen. Mi amigo Scott se paraba ante cualquier escultura, y abría la boca ante una tabla antigua o un lienzo de Ticiano o de Mengs.

—Vamos a la parroquia, le dije, después de ver la capilla real.

Y Scott me seguía sin replicar palabra. Sólo hablaba, mejor dicho, sólo se comunicaba con su cartera, donde apuntaba... ¡Dios sabe cuántas cosas!... La parroquia, antiguamente

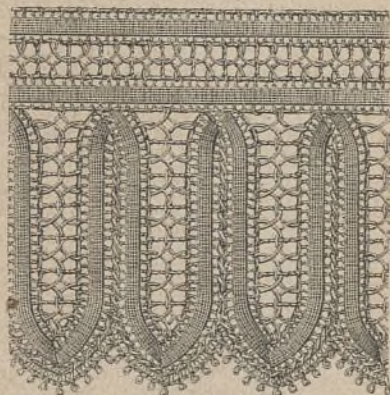
San Marcos de Alpagés, primitiva ermita de este lugar, se reedificó en 1680, por mandato de Carlos II, aunque en sitio distinto, y dejando la obra empezada se terminó al fin en 1749, bajo la dirección de don Santiago Bonavit, siendo un ermita-

templo de orden dórico en su interior, como también es del mismo orden el extinguido convento de San Pascual, fundación de Carlos III, que encomendó la obra a Sabatini y Bernasconi, dando principio en 1765 y terminándose en 1770. Los cuadros y pinturas de Mengs, Trépolo, Bayen y Maella, que llenaban el templo, le daban un valor artístico muy superior a lo que pudiera decirse. Hoy, convertida en granero, apenas si puede contemplarse la obra de Sabatini, para la cual se gastaron 3.254.816 rs. 26 mrs., sin las pinturas, imágenes, ropas, ni utensilios, cantidad que hacía falta para el sostenimiento del hospital de San Carlos, hermoso edificio construido en 1772, cerrado no por falta de enfermos ni desvalidos, sino por haberse gastado de más en palacios y jardines lo que ahora reclamaba la caridad para dolientes y desamparados.

pecialmente por los deterioros que sufría en el tercer incendio en 1748, con pinturas y frescos de Rafael Mengs, y de todos los artistas contemporáneos. Mi amigo

Scott miraba el palacio, y no encontraba palabras para celebrar las estatuas,

las molduras, los lienzos de Ticiano, los frescos de otros pintores, las fuentes, los jardines y los objetos de porcelana ejecutados en la hermosa fábrica del Buen-Retiro, destruida ignominiosamente por la envidia de sus paisanos. El paseo de las Estatuas, el gabinete del rey, la capilla real, los cuadros de L. Jordan y los paisajes de Juan del Moro, los frescos de Santiago Amicons y de Maella, los retratos hechos por Benito, las pinturas de Yole y los relieves de Pieri, despertaron en Scott un sentimiento nuevo que le hacía ver en lo bello lo que no había encontrado jamás en lo material, en lo real, a que tanto le habían llevado sus escentricidades, y la depravación



11. Encaje irlandés.





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Prim II, 3.

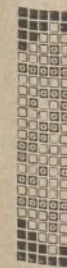


Mi  
trucci  
mos á  
lada,  
picio  
Walo  
á los  
es po  
los bo  
jardin

Virgi  
chop  
Jerns  
desde  
de lo  
higue  
cierto  
mara  
Scott  
verde  
cuida  
y má  
bame  
nos a  
tro d  
nega  
no no  
modi

mere  
yo m  
—  
ro es  
Y  
que  
nues  
La  
Co  
café  
ramb  
y me  
gimo  
cion  
cont  
tro i  
viaje  
Er  
pran  
per  
casi  
ta r  
tos.  
taba

sado  
me d  
—  
y co  
del a  
—  
lueg  
no v  
—  
—  
—  
espi





Mi amigo Scott me acompañó al teatro, construcción de Marquet, en 1767, de donde pasamos á la ballestería y caballerizas de la Regalada, al cuartel de Guardias de Corps, al Hospicio, á los cuarteles de la Guardia Real, Walona y de caballería, dirigiéndonos despues á los paseos y jardines donde toda descripción es poca para pintar las hermosas enramadas, los bosques pintorescos, las calles arboladas, los jardines, el parterre, la casa rústica, el castillo, el paseo de la Reina y el de la Infanta, la fuente de Alejandro Algardi, mandada hacer por Felipe III, y la huerta del Infante, junto á la fuente de Felipe IV. La mitología es la que preside en todas las esculturas y alegorías que llenan las fuentes y jardines. El laberinto, la casa del Labrador, los cuarteles de flores, los jardines, de tres y cuatro kilómetros, y los paseos y calles de cinco y seis, todo ello cubierto de chopos de Lombardía y del Canadá, cedros del Líbano,



17. Cifra para pañuelo.

el árbol chino de la vida, el tulipán de Virginia, el fresno de Lusiana, el laurel de Nive, el chopo de Carolina, el pino de Nueva-Inglaterra, el de Jerusalén y el de Arcadia, todo mezclado y confundido, desde el *joyo* inglés hasta los guindos y granados, desde los perales de más de cuarenta especies hasta las higueras blancas, todo en completo concierto, forman estos árboles un conjunto maravilloso que extasiaba á mi amigo Scott, no ménos que á mí. Aquello es un verdadero jardín, es otro Versalles, peor cuidado; pero más bello en su conjunto y más artístico en sus detalles. Ya estábamos cansados de andar, y el hambre nos apuntaba. Por otra parte, á las cuatro de la tarde el sol nos negaba sus rayos y el frío no nos dejaba estar con comodidad.

—Vamos al hotel y comeremos, amigo Scott, que yo me muero de frío.

—Yo de lo que me muero es de cansancio.

Y nos volvimos más que á paso regular á nuestro hotel.

La mesa estaba puesta.

Comimos, salimos al café, jugamos unas carambolas, y á las nueve y media nos dirigimos á la estación, para poder continuar nuestro interrumpido viaje.

Era aun temprano. Esperamos casi treinta minutos. Yo estaba cansado.

sado. Scott, viendo un asiento, cogióse á mi brazo y me dijo:

—Aquí, debajo de esta acacia, nos podemos sentar y comeremos unas rosquillas y probaremos un poco del aguardiente que vende esta mujer.

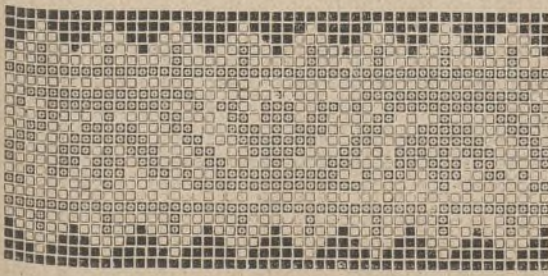
—No, no me siento; está esa piedra muy fría, y luego, me brinda V. el tronco de una acacia que no veo.

—¿Pues esto, que es?

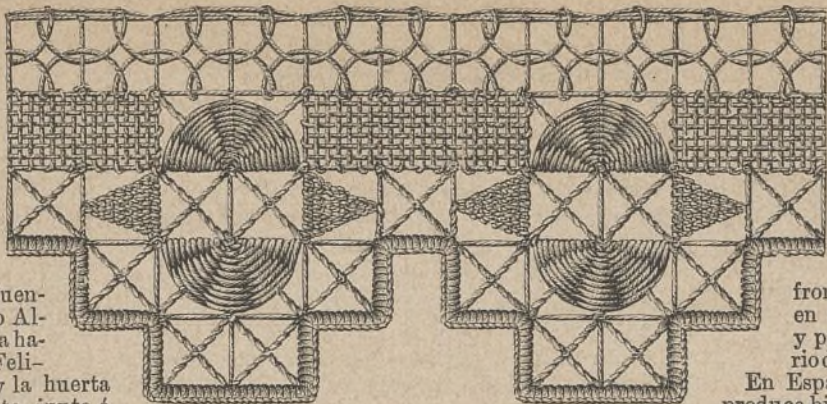
—Esto es un ailanto.

—No señor, es acacia.

—Dispénsame V., la acacia de América tiene tres espigas y su hoja es muy diferente: es un ailanto.



23. Dibujo de la cenefa estrecha núm. 22.



18. Encaje de malla guipure.



19. Canastilla para la labor.



22. Cenefa de tapicería. (Véanse los núms. 23 á 25).



21. Vestido con túnica delantal.

detenia frente á una estación.

—¿Dónde estamos?

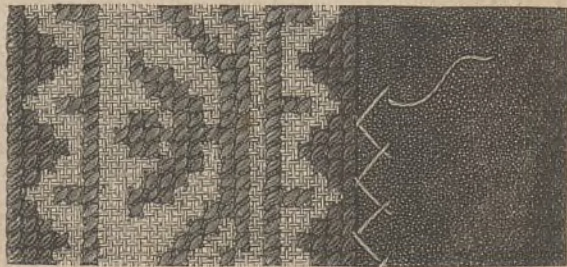
—En Castillejo, Scott.

—No veo al pueblo.

—No es extraño; cabe todo él en el sombrero de usted... y diciendo esto, Scott apuntaba en su cartera lo siguiente: "Ailanto, árbol para la botica. Castillejo, no existe. Aranjuez muy bueno, con muchas iglesias y todos sus vecinos concurren á las escuelas."

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.



25. Dibujo de la cenefa estrecha núm. 22.

En esto el tren había llegado, subimos á ocupar nuestros asientos y otra vez nos encontramos solos, esto es, Scott y yo en un departamento de primera. Mi compañero, así que nos acomodamos, me miró fijamente, diciéndome: —¿El ailanto, es europeo?

—Amigo Scott, el ailanto ó árbol del cielo, es sin disputa uno de los mejores árboles que pueden plantarse para adornar paseos y carreteras públicas. Este hermoso árbol, conocido en botánica por *ailantus glandulosa*, y que por su crecimiento y frondosidad se tiene en algunos jardines y paseos, es originario de la China.

En España se reproduce bien por semilla, y se encuentran buenos ejemplares en el Jardín Botánico de Madrid, como en otras mil partes.

Había noticia de que en China se usaba la corteza del ailanto para remedio de algunas enfermedades; pero el Encargado de negocios de España en aquel país ha manifestado que es remedio usado solamente como

específico contra la disentería.

Se toma corteza fresca de la raíz del ailanto; se machaca en un mortero, añadiendo dos ó más cucharadas de agua, de las de tomar café, durante la operación, y se comprime el residuo á través de un lienzo.

El modo de usarlo es tomar una cucharada, también de las de tomar café, en ayunas, y una taza de té durante dos ó tres días. Después de la tercera cucharada, se suspende el tratamiento, que volverá á empezarse seis ú ocho días despues, y si fuese preciso, se sigue dos ó tres veces de la misma manera.

Tómese leche exclusivamente como alimento y bebida durante los ocho primeros días, y conforme se vaya declarando la mejoría podrá tomarse sagú, tapioca, etcétera. Crean muchos que este medicamento puede ser de utilidad en nuestras posesiones de Filipinas, Fernando Póo y las Antillas, señaladamente en los dos primeros puntos en que tantos daños ha causado la disentería.

—¿Es posible esto!

—No lo sé, pero es opinión de nuestros botánicos.

En esto el tren iba acortando el paso. Sonó por segunda vez el silbato, el maquinista largó su freno, y el convoy se



## LAS BAILARINAS DEL SIGLO PASADO.

Entre las particularidades del nuevo teatro de la Opera de Paris, encuéntrase en el llamado *foyer de la danse*, una coleccion de medallones artísticos, que representan á las bailarinas célebres, tales como la Fontaine, Prévost, Camargo, Salle, Vestris, Guimard, Matleuoy, Bigottini, Taglioni, Elssler, Grisi, Cerrito y Rosati, que alcanzaron en Francia mayor nombradía.

La comenon de hacer un viaje á Paris que nos ha entrado, para admirar este famosísimo *foyer de la danse*, es irresistible.

La causa primordial de esta no debe admirar á nuestros lectores, por poco que consideren el deseo y la curiosidad que excita en todo corazon femenino el contemplar de cerca las facciones de esas bailarinas del pasado siglo, que hicieron perder la cabeza y vaciar los bolsillos de los grandes señores de su tiempo, de los que arruinaron al príncipe d'Henin, más conocido en aquel entonces con el nombre de *el enano de los príncipes*, y con este al príncipe de Gueménée, al príncipe de Soubise, los duques de Lauragnais y de Bouillon, además de los rentistas como Bouret, la Popelinière y D'Auville.

Desearia en verdad ver qué rostro tenia aquella celebrada Guimard, una de las mujeres más queridas de aquella época, no obstante su excesiva delgadez, de lo que le sobrevino el apodo de *esqueleto de las gracias*. ¡De la Guimard, que obtuvo 1.500 francos de recompensa por una pirueta perfectamente ejecutada delante de la Dubarry!

«Muchos han encontrado, dice Grimm, mezquino este regalo; pero procedia de las reales manos, y la Guimard lo ha aceptado por respeto únicamente!»

Tenia una casa en la *Rue de l'Arcade*.

Una casa... Basta con decir que en tiempo del segundo imperio, aquel palacio fué residencia de los embajadores de España.

¡Singular mujer! que despues de haber arruinado al príncipe de Gueménée, y asediada por el príncipe de Soubise, contestó:

—De buena gana, príncipe, con tal que anticipeis seis meses de mi... renta, y ayudeis con ellos á esos pobres diablos que ha arruinado la quiebra del príncipe de Gueménée.

Bueno será saber, que además de los gastos de *toilette*, el príncipe de Soubise daba á la Guimard 400.000 francos al año.

Una vez tenían hambre los pobres.

La Guimard renuncia sus emolumentos como bailarina de la Opera, é invita á sus compañeros á hacer otro tanto.

Uno solo rehusa, Vestris, el *Miguel-Angel de los bailarines*, como le llamaban.

—Lo sabia, observa la Guimard, no teneis corazon más que en los talones!

*Donne, donne, eterni Dei*

Charlet, enamorado infeliz de la Guimard, se salta la tapa de los sesos bajo las ventanas de su casa.

La misma noche la Guimard cenó con el duque de Orleans, y hace servir, segun cuentan las memorias de aquel tiempo, 850 francos de fresa.

*Aurora*, una discípula de la Academia real de música, que tenia 17 años, fué presentada en la mesa á los postres escondida en un pastel.

Esto era en 1784.

El conde de Artois, hermano del rey, se hallaba entre los convidados á la cena.

Poco más tarde no existia el rey. El duque de Orleans habia votado su muerte. El conde de Artois meditaba en Londres en la tristeza del destierro.

Hoy del conde de Artois, despues Carlos X, no quedan en Francia más que míseros recuerdos: los hijos de los sobrinos del duque de Orleans, aspiran á hurtadillas al trono de San Luis, y la Guimard entra triunfante en el *foyer de la danse*!!

ROSALBA.

## LA MUJER.

(Traducion de P. Pedraza).

Acusan constantemente á la mujer de un defecto que le es eterno: de locuaces y habladoras.

«La mujer sirve sólo para hablar» dicen algunos, y otros añaden «que el secreto que se le confie es el pregon, es el edicto fijado en los lugares más públicos.»

Y uno de los argumentos históricos aducidos por los constantes murmuradores de la mujer, para probar este sofisma, esta falsa asercion, está fundado en la resurreccion de Jesus.

A las primeras personas á quienes Jesus apareció pidién-

doles el secreto de su resurreccion fué á las mujeres, y á las pocas horas estaba esparcida por la populosa Jerusalem la nueva de que Jesus habia salido de su sepulcro.

Este débil argumento no tiene gran valor jurídico.

Sabido es, por lo que dicen los mismos autores del Evangelio, que el sepulcro estaba guardado por unos hombres que, á pesar del pánico y sobresalto que les produjera la rutura de la piedra sepulcral y la dislocacion de la misma, tuvieron conocimiento del hecho que habia predicho Jesus, y los hombres que guardaban su sepulcro fueron, por consiguiente, los que divulgaron el suceso ántes que las mujeres.

Lo más cierto es, que las mujeres son de siempre las víctimas expiatorias de todas las calumnias y demasías grotescas del hombre, que tiene á orgullo en no conocer su grande influencia social y su poderoso predominio en la humanidad bajo el triple aspecto de virgen, de esposa y de madre.

Como jóven, como virgen, la mujer es el dulce aroma del lirio celeste y puro; es una nota preciosa de las armonías encantadoras de Dios.

Como esposa, es una estrella del cielo; un reflejo purísimo de luz divina.

Y como madre, una fiel imagen del amor.

La mujer, en cualquiera de estos tres actos, es siempre locuaz, porque la locuacidad peculiar de la mujer es una ley providencial de la naturaleza, y no un vicio de su sexo, como suponen algunos hombres.

Por la palabra, ora aguda como el espinoso de una rosa, ora dulce y apacible como el cántico de los ángeles, domina irresistiblemente la mujer, cuando virgen, en el corazon del hombre.

Por la palabra, cuando esposa, iluminando los arcanos de la vida, que serena las tempestades de un espíritu, triste y melancólico, y que para cada dolor en la familia tiene en su alma, siempre cándida, un bálsamo consolador.

Y, finalmente, por la palabra tambien, como madre, enseña á sus hijos, los que un día formarán parte integrante de la gran familia social, al balbucear las primeras palabras, y aún más todavia, á inculcarles los primeros rudimentos de la moral, enseñándoles que los pobres son tambien hermanos nuestros, son hijos de Dios.

En la parte moral de su educacion, la mujer desempeña una mision augusta y sublime, y con su amor coopera muy poderosamente para dar á la sociedad ciudadanos perfectos, porque perfectos, moralmente hablando, son todos aquellos individuos que al par de la ilustracion, poseen la delicadeza de sus sentimientos que sus madres supieron inculcarles en el corazon de niños.

¡Oh! madres...! Benditas seais las mujeres!

Vuestro amor es uno, único, que se reparte equitativamente para todos vuestros hijos, sin embargo de conservar todo y siempre el mismo, aunque subdividido hasta lo infinito.

Acusan á las mujeres, mas inútilmente, porque vuestros artículos de acusacion están privados de defensa.

En la belleza moral de su organizacion y en la sublime delicadeza de su sentimiento está el origen de su constante debilidad.

Respectad á las mujeres, porque es cobardía perseguir á los débiles, y delito imperdonable condenar á aquella que reasume en sí la luminosa trinidad de nuestra existencia en el modesto nombre de *madre, esposa é hija*.

EMILIA MARTIN DE DIAZ PEREZ.

## LA GLORIA Y EL ARTE.

CUENTO DE BASTIDORES

por

TEODORO GUERRERO.

(Continuacion).

Pasadas las primeras escenas, un aplauso estrepitoso me avisó que *Amina* se habia presentado; Adolfo levantó las manos para hacer más visible su entusiasmo por Rosario; la *donna* saludó con esa humildad aparente del génio, y fijando en seguida los ojos en el sitio que ocupábamos en la platea, se llevó la mano derecha á la cabeza, echándose el pelo para atrás; Adolfo, casi conmovido, se retorció el bigote con ambas manos. Muy lejos estaba de conocer que aquellos dos movimientos eran estudiados y que encerraban signos telegráficos, inteligibles solo para dos personas.

Despues de haber clavado los ojos en Rosario, que entre paréntesis me pareció al primer golpe de vista tan interesante, que por mal que cantara habia de gustarme

su voz, miré por casualidad á la jóven del palco, y noté que tenia el rostro algo demudado; con la mejilla apoyada en la mano izquierda no daba muestra de llamarle la atencion el espectáculo, á pesar de hallarse asomada al escenario. El marqués, por el contrario, estaba tan consagrado á las notas de la cantante que no veia lo que en su mismo palco pasaba.

La voz de Rosario y su ejecucion me dieron á entender bien pronto que no era usurpada su reputacion; cantaba como un ángel, es decir, como deben cantar los ángeles, aunque no sé si son *orecchiantes* ó tienen escuela; la verdad del caso es que Rosario me cautivó como á todo el público, y la aplaudí con entusiasmo.

Tenia mucho en su favor con su figura: era un modelo griego, de formas admirables y de facciones delicadísimas; sus ojos azules hacian un contraste magnifico con sus cabellos negros como el azabache; su cutis debia ser algo tostado, y no lo aseguro, porque en aquel momento lo veia embadurnado con esa capa de lechada que se dan todas las mujeres de teatro, creyéndola indispensable para el buen parecer. Su garganta torneada podia no haber batido las notas con tanta perfeccion, segura de que el público simpatiza con la belleza y de que unos ojos seductores añaden dobles encantos á la voz.—Esta observacion la creerán algo profana los entusiastas, pero no por eso deja de ser exactísima.

Cuando Rosario concluyó el andante de su cavatina, el teatro parecia conmoverse por sus cimientos: tal fué la explosion que produjo su canto: yo aplaudí; Adolfo aplaudió; todos aplaudieron; pero mi amigo, para distinguirse, lanzó un *¡bravo!* estrepitoso: tan estrepitoso, que, dominando el ruido de las palmadas, se oyó claro como un trueno.

Aquella exclamacion conmovió dos corazones, segun pude observar: Rosario se llevó la mano al cabello y despues á la boca: la jóven del palco, que seguia en su postura, se levantó erguida para volver la cabeza y mirar al que habia pronunciado aquella palabra: en sus ojos noté algun extravio.

Al concluir el acto, cogí á Adolfo por el brazo y le dije, llevándole al corredor:

—Espero que me expliques un misterio.

—Vuelvo en seguida.

—No: no te abandono sin que satisfagas mi curiosidad.

—¿Qué deseas saber?

—¿Esa Neolia te ama?

—Creo que sí, me contestó, tratando de desprender su brazo del mio.

—¿Vas á verla?

—No pienso en eso.

—Entonces...

—Voy al camarín de Rosario.

—¡Ah!... ¿Eres su amigo? ¡Picaron!

—¡No! dijo Adolfo con el rostro algo encendido; no debo ocultártelo; no soy su amigo, sino su amante.

—¡Bravo! exclamé á mi vez; ¿lo tenemos?

Los ojos de Adolfo se inyectaron de sangre, y al notar-lo me arrepentí de la pregunta.

—Te perdono esa ofensa, dijo, porque no conoces á Rosario; la juzgas como juzga el mundo á las mujeres de teatro.

—Y el mundo tiene razon, Adolfo; Rosario será una excepcion.

—Hay muchas excepciones.

—Me alegro saberlo.

—En prueba de ello, ven; voy á presentarte á Rosario.

—Me das un gran placer.

La puerta del escenario, á pesar de la prohibicion absoluta de la empresa, se abrió para dejar paso franco al vizconde de Tudela, lo cual me hizo comprender que me habia dicho la verdad: Adolfo estaba fuera de la ley.

Penetramos en el camarín de la *donna*, que al ver á mi amigo se levantó precipitadamente para estrechar la distancia más pronto, marcando en su fisonomía una satisfaccion inmensa. Al abrir los labios, cuando se le escapaba una de esas frases cariñosas, emanaciones del alma, que no se forman en muchas horas de estudio, Adolfo le cortó la palabra, y señalándome, dijo:

—Mi amigo D. Ernesto Ulloa, alférez de navío...

—¡Ah! exclamó la jóven artista presentándome la mano.

Y seguramente, á haberlo permitido el bermellon que cubria sus mejillas, hubiera visto marcarse en ellas el sonrosado natural del pudor.

—Tengo una satisfaccion, le dije, en estrechar la mano de una artista que acaba de arrebatarme.

—Muchas gracias, me contestó, sin separar sus ojos de Adolfo.

Hablamos del arte, y de la gloria, y de otras muchas cosas verdaderamente locales, pero que en nada interesaban en aquel momento á Rosario, á juzgar por la poca importancia que les daba.



Comprendiendo que mi presencia estorbaba, me despedí, pretextando que iba á saludar á mis antiguos conocimientos; Adolfo se creyó obligado á acompañarme, y salió conmigo. Apenas se hubo cerrado detras de nosotros la puerta del camarín, entró en él un jóven elegante y de maneras corteses; era uno de esos hombres que, sin ser feos, son antipáticos á las mujeres.

## IV.

Daniel de Montemar era redactor de un periódico y amigo íntimo del empresario, lo cual le daba dos llaves para abrir todas las puertas del teatro; apenas llegó Rosario á Barcelona, guiado por los intereses de la empresa, puso el mérito de aquella por las nubes, ántes de oirla, y cuando la conoció, sorprendido de su belleza, se propuso utilizar sus armas para llegar con ellas al corazón de la *donna*.

Rosario, que en su vida de artista se había acostumbrado á recibir con afabilidad á todo el mundo, porque la artista vive á merced de cualquier venganza poderosa, acogió á Montemar con afecto, sin reparar en su figura ni comprender el peligro que corría en abrirle las puertas de su casa; el jóven escritor, envalentonado con otras conquistas fáciles que le habían proporcionado las líneas de su diario, creyó que adelantaba terreno; pero en aquellos días cruzóse en su camino el conocimiento de Adolfo, que desde el primer instante hirió la fibra sensible de Rosario, la cual no manifestó la menor reserva con la pasión que mi amigo le había inspirado.

Rosario tenía solo ventidos años, y á esa edad había recorrido muchos de los primeros teatros del mundo, dejando detras de sí un rastro de gloria inmarcesible; consagrada enteramente al arte, que era su pasión dominante, se había acostumbrado á mirar á los hombres como público, sin dar acogida en su alma á ninguno de los infinitos que la habían perseguido, guiados por su belleza y por el prestigio de su talento, que añadía mayores atractivos á aquella.

La felicidad para Rosario se cifraba en los aplausos, y en su desvanecimiento creía que la desventura no podía llegar para ella sino envuelta en una derrota teatral; pero felizmente, su demasiado talento y su órgano privilegiado parecían ponerla á cubierto de semejante golpe.

Herido Montemar en su amor propio, estudió el medio de derribar al ídolo que se levantaba en el corazón de la artista, y despues de varias indicaciones infructuosas, decidióse á pegar fuego á esa mina que se esconde en el alma de la mujer y que revienta haciendo estragos.

Montemar se propuso despertar los celos para aprovecharse de la calentura, y aparentando indiferencia, dió aquella noche la mano á Rosario, que le vió entrar con cierto disgusto.

—¡Ha estado V. sublime esta noche! ¡como siempre!

—Gracias, señor Montemar.

—No es posible interpretar la cavatina ni con más expresión ni con más talento.

—¡Oh! ¡no!

—Supongo que el vizconde habrá dicho otro tanto; en el arte todo el mundo piensa lo mismo.

—El vizconde nada me ha dicho.

—Se lo habrán prohibido, repuso Montemar casi entre dientes.

—¡Prohibido! preguntó la *donna*, cuyos ojos se dilataron.

—Sí, contestó el escritor con aire de indiferencia, encendiendo un cigarro en el mechero del gas; y por cierto que si le ven entrar aquí...

Rosario se inmutó.

—¿Quiere V. explicarme, dijo interrumpiéndole, el misterio que encierran esas palabras? ¿corre por ventura el vizconde algun peligro en visitarme?

—No sé, pero á juzgar por el compromiso que tiene contraído y por el desasosiego de ella...

—¿Quién es ella?

—No es extraño que V. la desconozca; ignora V. que el vizconde de Tudela se casa pronto?

Rosario, que se había puesto en pié, tuvo que agarrarse á un sillón para no caerse; pero haciéndose superior, dijo:

—¡Esa mujer!...

En aquel momento entró el traspunte á avisarle que había empezado el acto.

Dirigióse Montemar á la puerta, pero Rosario le detuvo, preguntándole de nuevo:

—¿Esa mujer!...

—Oigo los acordes de la salida de V., *signora*, y no hay tiempo que perder; los compases de la música son como los caballos del correo: no tienen espera.

Y Montemar salió, tarareando las notas que la orquesta tocaba.

Rosario estaba herida en el corazón, pero al trasponer el bastidor tenía que dejar allí todas sus emociones de placer ó de dolor: la artista no se pertenece de bastidores adentro. Hizo, pues, un esfuerzo, y salió en el segundo acto, representando á la perfección la inmovilidad del sonambulismo. —Una vara de terreno bastó al arte para triunfar de la mujer.

Y en aquel momento en que la artista aparecía tan serena, el corazón de la mujer reventaba como una nube preñada de electricidad.

La sonámbula, sujeta á la exigencia de su papel, no podía mover la cabeza en todas direcciones, pues estaba segura de que sus ojos habían de dar con la cara de la futura de Adolfo aunque se escondiera entre todas. Maldijo entonces al arte que le imponía su rigoroso dominio, y sin mover los ojos, siguiendo el compás de la batuta, su pensamiento se paseaba por la platea buscando algo.

Y en medio de esta lucha cantaba como nunca había cantado; el público aplaudía con frenesí, pero Rosario no oía los aplausos: no oía más que las notas que tenía que repetir y la voz de la tempestad que rujía en su interior.

El alma de Rosario se ensanchó al entrar *Elvino* á pedirle cuentas de su traición; se habían cambiado los papeles: Rosario acababa de saber la perfidia de Adolfo; y sin embargo, *Amina* expresó todo lo contrario de lo que sentía Rosario; en la mujer de teatro hay dos entidades: la artista y la mujer.

Al exclamar "*jea non sono!*" clavó sus ojos en el vizconde, que se agitó en la luneta como si aquella mirada hubiera fulminado un rayo contra él. Y el público que nada tenía que ver con la mujer herida, aplaudía con delirio á la artista.

Arrastrada Rosario por el tenor en el momento que le echa en cara su infame conducta, fué á caer junto al palco de proscenio del marqués de Santa Eulalia; al levantar la *donna* la cabeza para rechazar con orgullo la acusación, tropezaron sus ojos con la cara de Neolia, que á la sazón miraba fijamente á Adolfo; Rosario, sin perder el compás, seguía maquinalmente el canto, pero buscó los ojos del vizconde, que estaban clavados en dirección del palco porque allí se encontraba ella; pero sin comprender la visual, sintió que la sangre la ahogaba, y la nota que iba á salir de sus labios no pasó de la garganta.

Comprendiendo instantáneamente el peligro que corría, se pasó la mano por la cabeza, con cuyo movimiento disculpó su falta con el público, que había dejado escapar un murmullo de sorpresa. Neolia miró como todos á la artista, y los ojos de las dos mujeres se encontraron.

—¡Es ella! exclamó dirigiendo á la jóven otra mirada más significativa que al vizconde; y tan descaradamente lo hizo que el marqués y el conde, que acababan de entrar en el palco, exclamaron: "¿Qué insolencia!" Y los tres se retiraron del teatro. —El marqués y el conde sospechaban ya alguna intriga, pues sabían las visitas de Adolfo á la cantante.

Concluyó el acto, y en los pasillos fué objeto de la conversación general el reto de la artista á la hija del marqués de Santa Eulalia; ¿quién ignora en una capital de provincia, por grande que sea, no ya lo que se hace, sino hasta lo que se piensa?

La actitud imprudente de Rosario le captó algunas antipatías.

Al retirarse esta de la escena, encontró á Montemar, que seguramente la aguardaba.

—¡Bravo! dijo el escritor; ¡lo ví todo!

—¿La futura del vizconde es la jóven que estaba en el palco de proscenio? preguntó ella.

—La misma; la ha derrotado V. como una heroína.

—¿Su nombre?

—Neolia, hija del marqués de Santa Eulalia.

—¿Un título?

—Está claro; esos señores de la nobleza no adulteran su raza.

—¡Oh! le haré entender...

—Silencio, Rosario; aquí llega el vizconde.

Con efecto, Adolfo, algo agitado, había corrido al escenario al caer el telón, y retrocedió, haciendo un gesto expresivo al encontrar á la *donna* en los bastidores, hablando, con mucho interés al parecer, con el periodista.

Al acercarse, Montemar se retiró, haciendo un saludo á ambos; en su alma rebotaba el regocijo, pues había provocado un conflicto.

Adolfo miró fijamente á Rosario, que se dirigía á su camarín sin decirle una palabra, y fué detras de ella. Al llegar á la puerta le preguntó:

—¿Qué es esto, Rosario? no comprendo...

—Señor vizconde, dijo ella volviendo un poco la cabeza, cuando concluya la función espero que tenga V. la bondad de ir á mi casa.

—¡Este cambio repentino!... Quiero saber...

—Voy á vestirme.

Rosario pronunció esta frase con despecho y cerrando la puerta.

El vizconde estaba aterrado; cuando llegó á la luneta no pudo ménos de interrogarle; pero por toda repuesta me dijo:

—Algo ha pasado que va á ser una desgracia para mí.

—¿En qué te fundas?

Adolfo, sin contestarme, miró al palco vacío del marqués, y se recostó, ó mejor dicho, se acostó en la luneta, sin variar de postura hasta la conclusión de la ópera.

## V.

Como comprenderá el lector, Adolfo de Mendoza, apenas cayó el telón, fué corriendo á casa de Rosario, adonde llegó ántes que ella. El criado, que le conocía perfectamente, le acompañó hasta el gabinete, y despues de encender el quinqué y arreglar los tizones de la chimenea, se retiró sin decir una palabra.

El vizconde, despues de haber dado algunos paseos por la habitación, se sentó al lado de una mesa maqueada donde había algunos álbumes y *keepsakes*; cogió uno de estos y se puso á hojearlo, sin que los bellos grabados que contenía consiguieran ni fijar su vista ni distraer su imaginación de la idea que lo preocupaba.

Un cuarto de hora había pasado cuando el sonido metálico de una campanilla sacó de su estupor al jóven; á aquella hora no podía llegar á la casa más que la artista.

Rosario entró en el gabinete, hizo con la cabeza un saludo frío al vizconde, y quitándose el abrigo de pieles, lo entregó á su camarera, indicándole con una seña que se retirara.

Apénas se hubo cerrado la puerta, Rosario acercó un sillón á la chimenea y se volvió para mirar á Adolfo que la contemplaba en pié, con la mano izquierda apoyada en la mesa y con la derecha escondida entre el chaleco y la camisa, sin duda para contener los violentos latidos de su corazón.

—No esperaba encontrar á V. en mi casa, dijo ella.

—Me permitirás que extrañe esa observación.

—Y V. me permitirá, señor vizconde, que extrañe su conducta.

—Por más que me empeño en adivinar el motivo del cambio repentino que noto en tí, no doy con él.

—Repase V. su conciencia.

—Sería inútil, porque de nada puede acusarme.

—Me parece que es bien significativa la escena que ha provocado V. en el teatro durante la representación.

—Escena, Rosario, que espero tengas la bondad de explicarme.

—¿No conoce V. á la mujer que ocupaba el palco de proscenio?

—La conozco perfectamente: es la hija del marqués de Santa Eulalia.

—No me había V. dicho que esa jóven era la prometida del vizconde de Tudela.

Este retrocedió dos pasos con espanto, pero reponiéndose en seguida, acercó un sillón al de Rosario, y cogiéndole una mano, que ella separó con violencia, le dijo:

—Ahora comprendo el motivo de tu actitud conmigo y de la provocación á esa pobre niña; debes creerme, Rosario: el autor de semejante noticia ha mentado.

—¡Oh! no: los ojos de esa mujer me dijeron más de lo que ya sabía; y los de V., Adolfo, estaban fijos en ella cuando quise averiguar la verdad.

—Mis ojos no abandonaron un segundo los tuyos, y eres injusta conmigo, exclamó Adolfo, dejándose llevar de un impulso de su corazón que luchaba por ocultar sus sentimientos. Miraba hácia el palco porque estabas cerca de él; nada me importa esa mujer; donde estás, tú sola llenas el espacio; en donde no te veo, te adivino. No seas cruel con quien tanto te ama.

—Cuesta tan poco engañar á una mujer, que temo estés gozando ahora mismo en engañarme, Adolfo.

Había en las palabras de Rosario una ternura tan marcada, que el jóven, comprendiendo la transición, se apoderó con trasporte de una de sus manos, que esta vez no intentó huir de entre las suyas.

—Si dudas todavía de mi fé, exígeme una prueba, que por grande que sea me parecerá aceptable.

—¿Serías capaz de jurar que no amas á la hija del marqués de Santa Eulalia?

—Lo juro, exclamó Adolfo con voz solemne.

Y estampó un beso en la mano de Rosario.

(Se continuará.)





## VARIEDADES.

Con el título de *La obra maestra de Verdi "Aida"*, se ha publicado un ensayo crítico musical por don Antonio Peña y Goñi, muy curioso y que recomendamos a nuestros lectores.

Trátase en este volumen con el mayor detenimiento de la última partitura del cisne de Busseto, analizándola hasta en sus menores detalles, y poniendo de relieve las grandes bellezas que encierra. Además contiene una monografía de la vida y producciones del maestro parmesano, con datos y detalles no muy conocidos, y que revelan el detenido estudio que el Sr. Peña y Goñi ha hecho de las producciones de esta gloria del teatro lírico-italiano, hoy aplaudida con justísimas razones en todo el mundo civilizado.

Este libro se halla de venta en las principales librerías y en la calle de Leganitos, núm. 4, cuarto bajo, al precio cada ejemplar de 6 reales en Madrid y 8 en provincias.

\*\*\*

*El Mundo Cómic*, una de las revistas semanales é ilustradas más acreditadas que se publican en esta corte, se hace cada vez más interesante y amena por sus caricaturas de Pelli- cer y Luque, y por los artículos y poesías festivas que publica cada número. El Almanaque que el expresado periódico ha repar- tido gratis á sus suscritores del año presente, es también un precioso librito lleno todo él de caricaturas, artículos, poesías, epigramas, chistes y fábulas de los escritores más populares. Bien merece *El Mundo Cómic* los favores que le dispensa el público, pues es sin duda alguna la primer publicación en su género de las que se hacen en España.

## EL LINO.

Una señorita rica, que cultivaba lino en sus haciendas, quería mejorar esta producción. Un hombre, que se ocupaba en el comercio de este artículo, se presentó ante ella y la dijo: — Déme V. un saco de su simiente de lino, cuya calidad no es buena, y la traeré en cambio lino extranjero, cuya especie y género es mucho más superior; pero es preciso que me de V. un ducado encima.



36. Sachet para pañuelos. (Véanse los núms. 37 á 39 y 27).

La señora consintió muy gustosa en el trato.

El tratante, que era un redomado bribon, pensó para sí: — Voy á engañar á esa buena mujer, porque la traeré la misma simiente que me dá, y me habré ganado el ducado. Si despues se queja de que ha salido malo el lino, echaré la culpa al mal tiempo ó á la mala calidad de la tierra.

Trajo el lino á la señora; ésta lo recibió con alegría é hizo vaciar el saco. Cátate que de pronto se ve brillar



38. Flor para el sachet número 33.



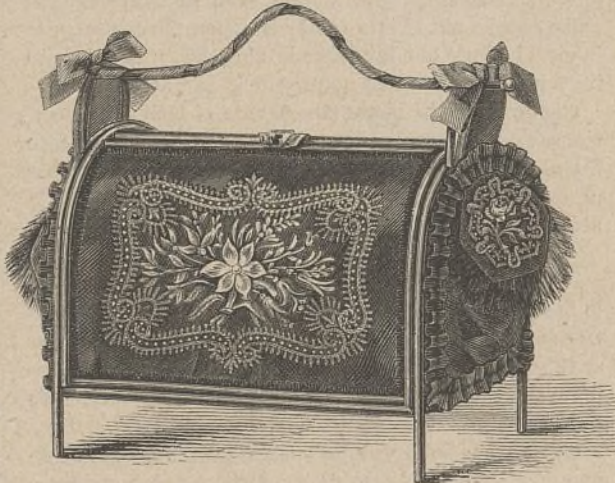
35. Dibujo para el cofrecillo núm. 33.



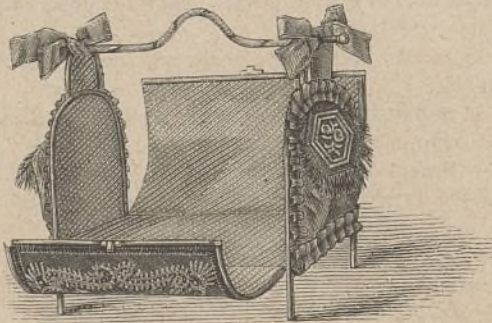
39. Flor para el sachet número 36.



28. Vestido con túnica.



33. Cofrecillo de junco y cretona. (Véanse los núms. 34 y 35).



34. Cofrecillo abierto. (Véase el núm. 33).



una cosa en medio de la simiente; era una hermosa sortija de oro, y la señora exclamó con sorpresa:

— ¡Pues es mi sortija! La sortija que perdí el verano pasado; preciso es que la haya dejado escurrir de mi dedo mientras andaba ocupada en mondar mis granos. Despues, dirigiéndose al mercader, le dijo:

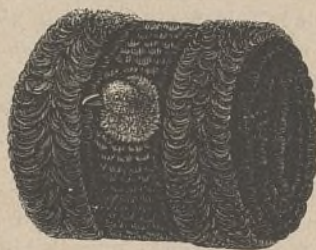
— ¡Usted es un bribon, y acabo de descubrir su picardía; V. me trae mi propio lino por lino extranjero: en lugar de pagar á V. un ducado, yo se lo haré pagar á V. en pago de su mala fé.

En efecto, fué condenado por el alcalde á ir á la cárcel, y este negocio perjudicó tanto á su reputación, que se vió obligado á abandonar su comercio.

\*\*

El lujoso establecimiento que con el nombre de *Perfumería inglesa* han abierto los Sres. Romero y Vicente en la Carrera de San Jerónimo, núm. 3, es, á no dudarlo, uno de los más bellos á la par que de los más útiles.

Contando con los productos más notables de las fábricas europeas, así como con los perfumes más delicados de la flora de Ultramar, nuestras elegantes suscriptoras encontrarán en la *Perfumería inglesa* cuantos cosméticos, esencias y objetos de perfumería pueda ambicionar el gusto más exigente, así como esos productos higiénicos que constituyen la principal belleza de las damas inglesas, conservándoles esa inimitable frescura que pudiéramos llamar con justicia la eterna juventud.



30. Manguito de pluma.



31. Corbata de pluma.



32. Corbata de pluma.

## Explicacion del Figurin 1159.

FIG. 1.<sup>o</sup> — *Traje de paseo y visitas.* — Vestido de terciopelo inglés verde oscuro. La falda, lisa y con gran tabla atrás, dibuja extensa cola; por delante va adornada con bieses y bullones. Abrigo *Hortensia* de paño, adornado con trencillas y botones con caídas de azabache y guarnecido de piel. Sombrero *Flora*, de terciopelo negro, guarnecido con cintas ne-



37. Pañuelos bordados.

gras y pluma verde del color del vestido, lo mismo que los guantes.

FIG. 2.<sup>a</sup> — *Elegante deshabillé.* — Rica bata de matalassé azul muy pálido con delantero del mismo color, bordado con negro y orillado á ambos lados con una ruche. Las mangas, bordadas en su hoja superior, terminan también con ancha ruche. Mangas interiores y corbata de encaje blanco. Cofia de muselina y encaje guarnecida con cintas azules.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II núm. 2.

Ayuntamiento de Madrid. Tip. de G. Estrada, C.<sup>a</sup>, Dr. Fourquet (Antes Yedra) 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.